

CORONA FÚNEBRE

QUE DEDICA LA AMISTAD

Á LA BUENA MEMORIA

DEL JÓVEN Y DISTINGUIDO ESCRITOR

D. José M.^o Escudero y Franco

Médico de Sanidad Militar,
condecorado con las cruces roja y blanca del Mérito Militar,
Secretario de la Academia Médico-Quirúrgica Jerezana,
Sócio fundador del Ateneo de Alumnos internos, y Alumno interno por
oposición de la Facultad de Medicina de Madrid,
Profesor honorario de la Escuela preparatoria de Maestras de Jerez
y miembro de la de Bellas Artes
y de la Asociación gaditana de Amigos del País,

FALLECIDO EN JEREZ DE LA FRONTERA

EL DÍA 11 DE ENERO DE 1835.



JEREZ.

IMPRESA DEL «GUADALETE.» Á CARGO DE D. TOMÁS BUENO,
CALLE COMPÁS, NÚMERO 2.

1886.

ESCUADERO Y FRANCO.

I.

Cuando la muerte arrebató á la familia un sér querido y con él se lleva la ambicion legitima del alma, la esperanza de una recompensa justa y merecida, la ilusion y el afan de gloria; y la pátria pierde un hijo insigne, un ciudadano ilustre, una inteligencia notable, un nombre más que añadir á la lista de los varones que con su valor, su talento ó su virtud la honraron... ¡qué implacable es entónces!

Si la muerte sorprende al hombre en el término seguro y fatal de su carrera, y sus ojos ya sin brillo se cierran para siempre, y su corazon ya gastado se paraliza y en su frente surcada de hondas huellas por el trascurso del tiempo imprime y marca aquella el sello espantoso de una eternidad sin luces; si el que abandona esta vida, vé su lecho de dolor rodeado de sus nietos, de sus hijos y de sus amigos; si el que al descender á la tumba deja en este mundo su mision cumplida, una página brillante en la historia, una fortuna á su familia y un nombre respetable á sus hijos, su muerte, es sentida, pero todos exclaman:—«¡Tenia que suceder!»

Escudero ha muerto prematuramente cuando batian con poderosas fuerzas las alas de su génio; cuando ya su nombre comenzaba á ser envidiado, cuando su mano casi tocaba el templo de la gloria, dejando en triste orfandad á un niño que apenas puede hoy balbucear el nombre de su padre, en desolada viudez á una cariñosa compañera que jamás podrá consolarse de tan terrible pérdida y sin un amigo leal á los que tuvimos la dicha de conocerle.

¡Ah! por esta razon no halla consuelo mi alma, ni lenitivo mi dolor, ni instante de reposo el llanto que brota de mis ojos.

Con los de la imaginacion contemplo el cadáver del amigo querido, del compañero de la infancia, del hermano del corazon; aún están calientes sus despojos, rijidos sus miembros, serena su frente, pero sin movimiento, sin vida; ya el cristal de sus pupilas está opaco; ya de sus lábios no escapará fácil, espontánea y elocuente aquella palabra que convencia, y con secreta mágia dominaba á su auditorio conmoviéndole y haciéndole sentir; ya sus manos no estrecharán las mias, ni tendrán fuerza para coger la pluma que como poeta tierno y escritor galano con tanto ingenio manejaba.

Ha muerto; ya no existe; la fatalidad nos le arrebató para siempre; al morir dejó á un hijo más sin padre; á una mujer sin esposo, á mí sin un hermano; el ejército perdió con él un militar valiente; la ciencia un soldado lleno de entusiasmo y de fé, las letras un poeta sentido y un escritor castizo y la patria una esperanza y una honra.

Por eso digo yo y conmigo cuantos le conocian:

—¡Qué implacable es la muerte!

II.

Nació Escudero en el pueblecito de Leganés (Madrid) el 27 de Setiembre de 1855. Fueron sus padres D. José María Escudero de la Peña, profesor de la Escuela de Diplomática, secretario de esta, y más tarde Director del Museo Arqueológico y del Archivo Central de Alcalá de Henarés, en cuyo destino vino á sorprenderle, siendo aún jóven, la muerte; y D.^a Mercedes Franco Forminaya, la cual murió cuando su hijo tenía muy pocos años.

El señor Escudero de la Peña se trasladó con su familia á la Côte y en Madrid comenzó su hijo á instruirse.

Después de una brillante carrera de estudios terminó las de Archivos y Bibliotecas y la de Medicina y Cirujía, habiendo desempeñado durante ellas el cargo de Alumno interno en el Hospital Clínico de San Carlos.

Destrozaba á España la última guerra civil, en la que tantos hermanos nuestros vertieron su noble sangre defendiendo unos las ideas viejas é imposibles de otras edades, los otros el progreso, la libertad y los sagrados derechos del hombre.

Era en el año 1875; la Direccion general de Sanidad militar convocó á oposicion para cubrir las plazas de médicos segundos necesarias á los batallones de reserva creados el año anterior por el Poder Ejecutivo de la República.

Escudero acababa de hacerse médico; las plazas que de aquellos debian cubrirse excedian de treinta, presentó sus solicitudes y obtuvo el segundo lugar en aquel certá-

men, uno de los más brillantes por el valor y talento de los que en él lucharon.

A los pocos días fué nombrado general en Jefe del Ejército del Norte, D. Joaquín Jovellar, y mi amigo médico agregado á su cuartel, partiendo para el teatro de la guerra el mismo día y en el mismo tren que el general.

Yo estuve á despedirle y quedé admirado de verle lleno de entusiasmo y valor contando el tiempo que le restaba para empezar á ejercer su sagrado ministerio de paz, de consuelo y de alivio en el campo de la lucha fratricida. La impaciencia se retrataba en su rostro, formando contraste con el triste y conmovido de muchos jefes y oficiales aguerridos, quienes, al abrazar á sus familias, no podían contener una lágrima que nublaba la mirada de aquellos que en virtud de un deber, iban á sacrificar sus vidas y el porvenir de sus familias.

Escudero entonces tenía 19 años de edad, en su lábio superior, aún no sombreaba el más ligero bozo, su mirada tenía la viveza é inquietud de los primeros años; pero la elevada estatura, el marcial porte, la esbeltez de sus elegantes formas, atraían hácia él las miradas de todos, quienes al ver una cara tan aniñada y sonriente se extrañaban de verle tan varonil y esforzado.

—Esto es lo único que me molesta,—me dijo Pepe, señalando con desprecio á la espada.—Con mi estuche me basta para llenar mi misión en campaña.

Sonó la hora de partir el tren; los soldados llenaron los departamentos de tercera, y hasta los furgones destinados á las mercancías; los oficiales los coches de segunda, los jefes los de primera, el general y su estado mayor el coche-salon que se les había preparado.

—Dios te proteja,—se oía decir á un padre.

—Que no te abandone la Virgen, hijo de mi alma;—añadía una madre.

—Buena suerte,—exclamaba un amigo.

—Adios, adios!—se escuchaba por todas partes; mezclándose el ruido que el vapor producía, con el de mil sollozos, el de mil voces. Solo las lágrimas corrían silenciosas abrasando el alma de los que al ver partir el tren veían marchar á un peligro cierto al hijo, al hermano ó al esposo.

Escudero permanecía alegre en medio de aquel cuadro de dolor.

Su padre se esforzaba en ocultar las lágrimas, sus amigos en aparecer serenos; él no tenía que esforzarse.

—Esos,—nos decía—van á dar muerte á sus hermanos, por eso lloran; yo voy á curar las heridas y á evitar que mueran los que ellos ataquen, por eso estoy tranquilo y marchó contento á donde el deber me llama.

Corrió la suerte durante algunos meses del ejército acaudillado por el general Jovellar, distinguiéndose siempre y en cuantas ocasiones se le presentó motivo para ello.

Las fuerzas carlistas bloqueaban la importante plaza de Pamplona; las tropas del gobierno corrieron á reforzar la guarnición y á llevar víveres y municiones de que carecían en aquella. Las tropas contrarias quisieron á las de la Nación cortarles el paso; empeñóse un rudo y encarnizado combate; Escudero marchaba con las avanzadas curando los heridos.

Vé caer á un soldado y sin hacer caso de las balas que silbaban por encima de su cabeza, llega hasta el herido y comienza á hacerle la primera cura. A su lado se hallan dos sanitarios conduciendo una camilla; de repente uno

de estos cae en tierra herido tambien; Escudero no pronuncia una palabra, ni hace un gesto; concluye de curar al soldado, reconoce y cura despues al sanitario y coloca luego á los dos sobre el camastro que conducen él y el sanitario que le quedaba hasta el hospital de sangre.

Frente á los muros de la Seo de Urgel, sitiado por nuestro valiente ejército, tuvo Escudero nueva ocasion de distinguirse. En la fortaleza de la plaza enemiga ondea la bandera de parlamento. Llegan á nuestro campo dos oficiales del ejército contrario, manifiestan al general que dentro de la plaza es grande el número de heridos, que no tienen medicinas, ni vendas para atender á su cura, y el general con una nobleza que le honra y honra al ejército todo, convoca á la oficialidad de los cuerpos para que uno de ellos salga voluntario á conducir á la plaza los medicamentos y demás utensilios necesarios á tan humanitario objeto.

¿Se trataba del bien de la humanidad? pues no podia faltar Escudero. Él se ofrece antes que nadie, es aceptado su sacrificio y entre los oficiales carlistas, con los ojos vendados, conduce á la fortaleza un bien provisto botiquin, saliendo de aquella con las mismas seguridades, sereno, tranquilo, satisfecho de su noble accion.

Por este hecho fué recompensado con la Cruz Roja del Mérito Militar y el grado de Médico 1.º. Por entónces era Médico del Escuadron suelto de Andalucía, que operaba en Cataluña.

Terminada la guerra y tras una corta licencia fué nombrado (1877) Médico del Primer Escuadron Depósito de Caballos Sementales de Jerez de la Frontera, cargo que ejercia mi malogrado amigo, cuando le sorprendió la muerte.

III.

He reseñado ligeramente su historia militar.

Bajo este punto de vista tenemos una idea exacta de su carácter, de su energia, de su valor y de sus sentimientos.

En su profesion de médico, distinguióse como hábil operador y observador profundo á la cabecera de los enfermos.

Su ilustracion y sus conocimientos eran vastisimos.

Deja inédita una obra premiada por la Direccion del Cuerpo, que se titula *Tratado de las heridas de guerra*; á este trabajo, débense añadir muchos otros, que en discursos, memorias y monografias, dan exactisima idea de su saber y laboriosidad. Entre ellos figuran: *Teorias sobre la naturaleza de las heridas por armas de fuego*. (Discurso de recepcion en la Academia Médico-Quirúrgica Jerezana). *Oportunidad de las amputaciones y reseciones*. (Memoria). *Estudio comparativo entre los diversos preparados mercuriales, sus indicaciones y oportunidad de éstas*. (Memoria). *Hemostática quirúrgica*. (Discurso). *Memoria acerca de los medios de evitar el desarrollo y propagacion de la viruela*.—*Datos estadísticos acerca de la endemo-epidemia variolosa ocurrida en Jerez de la Frontera en 1882*.—*Memoria sobre el cólera morbo-asiático y medios de evitar su desarrollo y propagacion*. Estas tres últimas obras fueron impresas en Jerez de la Frontera á expensas del Excmo. Ayuntamiento de dicha ciudad. Multitud de artículos científicos publicados en los periódicos *La Gaceta de la Direccion de Sanidad*

militar, *El Anfiteatro anatómico español*, EL GUADALETE de Jerez y otros muchos políticos y profesionales que se honraron con su colaboracion.

Sus trabajos literarios son tantos y de tan gran mérito, que es sensible que no se hallen coleccionados; en la ilustrada revista que veía la luz pública en Jerez de la Frontera y que con tanto acierto dirigia la notable escritora é inspirada poetisa D.^a Carolina de Soto y Corro, colaboró con celo y laboriosidad incansables y asimismo en EL GUADALETE, periódico que se publica en dicha poblacion.

Con sus poesías podrian formarse tres gruesos volúmenes.

IV.

Escudero como escritor tenia estilo propio y condiciones poco comunes.

En la descripcion era sóbrio, pero referia y detallaba con naturalidad y sencillez; en sus conceptos, elevado, valiente y enérgico; en sus pensamientos delicado y atrevido; un lenguaje castizo y una forma correcta daban á sus obras esa esbeltez escultural propia de los avezados á las lides en la prensa y en el libro.

Como poeta era tierno y sentido; sus versos hablan al alma más que á la razon; aquella, nota en ellos la belleza natural del sentimiento, la energia de un corazon noble; grandiosas concepciones de una imaginacion brillante é ideas que vagan en el caos de una inteligencia superior, pero que las sabe encauzar un espíritu fuerte y valeroso.

...
...
... V. ...

¿Qué podré decir de su personalidad?

Escudero más que otros hombres tenia la suya propia.

En sus ojos brilló siempre la franqueza.

Miraba con enojo cuando algo le molestaba, con indiferencia si no le hacia sentir nada lo que veía; con afecto y cariño frente á un amigo ó un pariente.

Sus palabras fueron siempre expresion fiel de su corazon; ejercia el bien por bondad de carácter; muy convencido y aferrado en sus opiniones discutía con ardor y cierta terquedad, sin traspasar nunca los límites de la educacion esmerada y distinguida que recibiera en su infancia.

De genio alegre, expansivo y franco, contaba á todo el mundo sus alegrías y sus pesares, y de tal suerte lo hacia que lograba que con él gozase ó sintiese el que le escuchaba.

En el trabajo era incansable.

Recuerdo que en Madrid, por el año 1874, escribié las poesías que por entónces llevaba compuestas en caracteres árabes, cuyo idioma poseia con bastante perfeccion.

En otra ocasion visitando al hijo menor del célebre pintor Lúcas, vió á este niño trazar en un lienzo el retrato de un amigo nuestro: Escudero mostró deseos de hacer él el del pequeño artista y logró sin reglas, ni conocimientos del difícil arte de la pintura sacarle con bastante parecido.

En Jerez, fué compañero de hospedaje de mi pariente

el pintor Escosura; á ruegos de mi amigo dióle éste algunas pequeñas lecciones y en pocos dias pintó al óleo un retrato correcto en dibujo, bien en color y de exacto parecido.

Tenia una memoria asombrosa y una extraordinaria disposición para la música.

Repetía con exactitud actos enteros de las difíciles óperas de Meyerbeer, Mozart y Wagner; era inteligente en escultura, dibujo y arquitectura.

Su ilustración era vasta y extensa: las ciencias biológicas, sociales y del derecho, las conocía con alguna profundidad; en artes, en industrias y oficios, poseía conocimientos útiles; era en fin universal.

En la Academia médico-quirúrgica Jerezana, ocupaba el puesto de Secretario general y era el más valioso elemento y más decidido defensor de tan docta Sociedad.

¡Ah! qué lástima; qué desgracia tan grande; por eso digo al principio de este desaliñado trabajo, que no encierra más de bueno que el sentimiento que la pérdida de un amigo me produce; ¡qué implacable es la muerte!

Parodiando una frase de un eminente autor dramático contemporáneo diré para terminar:

Escudero tenía que morir, porque era un edificio, el cual, le sobraba capitel, y era pequeña la base para sostener tanta grandeza.

SANTIAGO OLMEDO Y ESTRADA.

Madrid Marzo de 1885.

Á LA MEMORIA

DE MI AMIGO

D. JOSÉ M.^A ESCUDERO Y FRANCO.

Á SU ESPOSA.

No buscadle ya en la tierra.

Ha desaparecido como uno de esos bellos celajes crepusculares que la noche borra con su sombra, como una de esas flores que á la orilla de un camino, arrebatada, deshaciéndola, el viento de la tempestad.

No buscadle, no.

Y cuando veais el sol levantarse entre sonrisas y cánticos, y desaparecer el día entre reflejos y rocío, y admiréis las praderas esmaltarse de esmeralda y temblar las nuevas hojas en las ramas, y anidar amorosamente en ellas el amante ruiñeñor, y cruzar la alondra en el azul espacio, y la primavera, galana, risueña, armónica y encantadora lleve á vuestra alma sus puras impresiones, no le busqueis ya: no está á vuestro lado para comunicaros el entusiasmo de su alma, muda ya, ó al ménos léjos, muy léjos de esta natura espléndida que tanto admiró su alma generosa, para quien su génio y su rica fantasía tuvo mil inspiraciones.

Mas si quereis hallar aún algo suyo, si quereis percibir el calor de su espíritu, si aún quereis sentir palpitar el último latido de su corazón, id á ese hogar abandonado, al casto ruido de sus amores, y sentireis aún sus besos, sus suspiros, su alma entera temblar allí, sobre la triste frente de su esposa, y en la pura é inocente faz de un niño que sonríe.

Breve fué su vida, tan breve como uno de esos brillantes meteoros que cruzan en la noche el firmamento.

Trocáronse en la nada sus galanos proyectos, y en vez de corona de laurel dedicada á su talento, la muerte puso un ciprés sobre una tumba, tumba querida regada por el llanto del amor y la amistad.

Y acaso, Dios mio, ¿no fué dulce muerte la de nuestro caro amigo que ha dejado tras sí, perfume misterioso, suave melodía de suspiros y lágrimas?

MERCEDES GUTIERREZ DE VALLE.

Sevilla 25 de Febrero 1885.

EN LA TEMPRANA Y SENTIDA MUERTE

DE MI QUERIDO AMIGO

D. José María Escudero y Franco.

Yo vi una flor que tenía
Dos gotas en la corola,
No era rocío, eran lágrimas,
Que también las flores lloran.

J. M. ESCUDERO Y FRANCO.

Cefirillo de la tarde

Que en tus invisibles alas
Aun llevas los ecos tristes
De sus últimas palabras.

Crudeza glacial de Enero
Que congeló como escarcha
La final gota en sus ojos
Al apagar su mirada.

Cierzo de la noche fría,
Húmedas y ténues áuras
De la aurora que entre nieblas
Iluminó su mortaja.

Vientos que volais llevando
A las regiones más altas
El suspiro postrimero
Que eleva al Señor un alma.

Horas que pasaron breves
Como rutilantes ráfagas,
Acariciando su vida
Con dulzuras y esperanzas.

Sol que irradió en su cerebro
Con luz esplendente y clara
Dejando destellos vivos
De eternas memoranzas.

Golondrinas que cayeron (1)
En el patio de su casa,
Las que salvó generoso
De nuevo al nido llevándolas.

Corazones que probaron
Sintiendo profunda calma,
Su caridad y su ciencia
Que ardoroso prodigaba.

Grabad, grabad el recuerdo
De aquella vida eclipsada
Como fugaz metéoro
Que apenas brilla se apaga.

Céfiro, rocío, nubes,
Auroras, sol, aves y almas,
Grabad por siempre el recuerdo
Y verted copiosas lágrimas.

Llorad la sensible pérdida
Del jóven que ardiente ansiaba
Vivir solo por los séres
Que con amor le cercaban.

Llorad al hombre ilustrado
De inteligencia tan rara
Que con arte y fé esgrimía
Bisturi, pluma y espada.

Lloren las letras al vate
De rima dulce y galana,

(1) Verdadero.

De ingenio fecundo y vivo,
De inspiracion elevada.

Y lloren en los pensiles
Las odoríferas plantas,
Que también las flores lloran
Por el cielo rociadas.

Llorad todos con la amiga
Que á su memoria fiel canta,
Y con firmes caracteres
Su nombre en el pecho graba.

Llorad, y á la amante esposa
Que para siempre tronchada
Vé su dicha con la muerte
Del sér á quien adoraba,

Probemos la pena aguda
Que el corazón nos traspasa,
Único y triste consuelo
Para el dolor que la embarga.

Roguemos por él alzando
Nuestras fervientes plegarias;
Y como digno tributo

Que sirva de eterna lámina,
Al hijo tierno, inocente,
Cuya cabeza dorada
No cubre ya el fuerte brazo
Que paternal le escudaba,

Ciñamos esta corona
Que formó la amistad santa,
Con las flores de su númen
Y el rocío de sus lágrimas.

CAROLINA DE SOTO Y CORRO.

Enero de 1885.

AL DISTINGUIDO POETA

MÉDICO MILITAR

D. JOSÉ M.^A ESCUDERO Y FRANCO

EN EL DIA DE SU FALLECIMIENTO.

No mueren, no, los que á la luz radiante
del génio y de la ciencia caminaron;
los que al bien y al estudio consagraron
con noble afán su corazón amante.

No mueren, no: con ímpetu gigante
del mundo en la conciencia conquistaron
una region, donde al morir hallaron
vida que siempre latirá incesante.

¡Así eras tú!... por eso en este día
tu preciada memoria no fenece
al apagarse tu latir postrero.

¡Así eras tú!... por eso el alma mía
su fiel tributo cariñosa ofrece
al amigo, al poeta, al caballero.

MARIA DE LOS DOLORES LANDERAS.

UN RECUERDO

Á MI INOLVIDABLE AMIGO EL DR. ESCUDERO.

Siempre consideré vulgar la creencia, por cierto bastante arraigada, de que la amistad íntima nace solo en la niñez y se desarrolla con el continuo trato del individuo.

Dos existencias aun hermanas y gemelas pueden nacer juntas, desarrollarse juntas y sostener este estado hasta un período bastante avanzado, pero á medida que esos sentimientos vehementes que se apoderan del alma y dominando á la razón no dan lugar al recto juicio, ó acaso mejor expresado, ese delirio de unos instantes que segun Horacio se llaman pasiones, van infiltrándose en el corazón, la afinidad mútua puede desaparecer, rompiéndose la relación natural que las ligaba, efecto de una exquisita sensibilidad, y la simpatía degenerar en tédio ó egoismo.

La casualidad hizo que nos conociéramos cuando ya llevábamos andado casi un tercio de nuestra vida, que por desgracia no pudiste traspasar. Nacimos distante el uno del otro; nuestras respectivas profesiones no tenían punto alguno de contacto; y hasta la política del Estado la apreciábamos en sentido bastante opuesto.

Apesar de ello fuimos amigos. Sin pacto previo, nos brindamos una amistad franca y leal cuya pérdida lacera hoy mi corazón.

Juntos por espacio de algunos años emborronamos cuartillas para revistas científicas y literarias. Tú me consultabas la originalidad de una idea que presto era trasladada al papel en forma bella y castiza. Quisiste conocer mi opinión referente á la posibilidad del planteamiento de una nueva Necrópolis en esta ciudad, sobre cuyo tema publicaste un magnífico informe que todos admiramos por la profundidad de los conocimientos que revela.

Yo en cambio acudía á tí presuroso para que me ilustraras cada vez que tenía que resolver un asunto de importancia para mí.

Mútuamente nos ayudábamos; tú con tu ilustración, yo con mi insuficiencia.

La medicina ha perdido un hijo predilecto; la sociedad un hombre honrado, yo un amigo sincero; pero mientras el Altísimo me conceda la facultad de la memoria, la de tu nombre será en mí imperecedera. Es el único tributo que puedo rendirte en esta vida.

JOSÉ G. VELARDE.

Jerez 1885.

A LA MEMORIA

DEL MALOGRADO MÉDICO Y ESCRITOR

DON JOSÉ M.^A ESCUDERO Y FRANCO.

Cruzó el mundo por senda de dolores,
Llevando con heróico ardimiento
En su frente la luz del pensamiento
Y en su pecho del bien los esplendores.

Breve, mas rica en frutos bienhechores,
Fué la jornada en que probó su aliento;
¡Cómo no ha de verter el sentimiento
En su sepulcro lágrimas y flores?

Acaso el hombre, triste Prometéó
Atado á negras rocas de la vida,
Solo en la muerte encuentra paz y calma;

Pero cuando se extingue en su apogéo
Lumbre en rayos divinos encendida,
¡Cuánto luto y pavor envuelve al alma!

G. FERNANDEZ DE LA ROSA.

Jerez, 1885.

A LA MEMORIA

DEL MALOGRADO MÉDICO Y ESCRITOR
DON JOSÉ M.^a ESCUDERO Y FRANCO.

Húndese el sol en las sombras de la noche, para radiante aparecer en la mañana; sosiéganse las soberbias olas que la borrasca agita, para reflejar en calma la belleza pura de los cielos; todo acaba en el mundo, para luego renacer con más sublimidad bajo la voluntad de Dios.

¡La muerte desliga al hombre de la vida de la tierra para entregarle á la vida infinita del espíritu!...

Por este destino inexorable, lívida y helada quedó la frente dó resplandecía el génio, yerto y sordo el corazon que la gloria enardecía; huyó el alma hácia el trono del Altísimo, dejándonos tristes recuerdos que sentir y un digno ejemplo que imitar. Perdió la pátria un soldado valeroso, la ciencia y el progreso uno de sus más entusiastas adalides.

Mas ¡felices los que merecieron el llanto de los hombres! El tiempo borrará los vestigios de su tumba, pero la gratitud mantendrá indeleble su memoria.

¡Felices los que yacen en Dios!

JUAN J. CORTINA.

Jerez de 1885.

A LA MEMORIA DE MI QUERIDO AMIGO

EL DOCTOR EN MEDICINA

D. José María Escudero y Franco.

—Era bueno y fiel amigo,
La ingenuidad castellana
A su carácter entero
Grato atractivo prestaba.

—Generoso y consecuente,
Jamás su pecho dió entrada
A la hipócrita falsía,
A ninguna pasion baja.

—Su grande amor á la ciencia
Era cual fiebre del alma,
Un afan inestinguible,
Una sed nunca saciada.

—Que virtudes y talento
Le plugo al cielo se aunaran,
Para ceñir á su frente
Esplendorosa guirnalda.

—Mas, ahl que la cruel Atropos
De la juventud avara,

Cortó el hilo de su vida,
Cuando á brillar comenzaba.

—Por eso la noble ciencia
De Hipócrates enlutada,
Llora hoy sobre la tumba
Del que fué honor de sus aulas.

—Y por eso la poesía
Que en su espíritu alentaba
Al dulce plectro de Erato
Notas de dolor arranca.

—Ay, corred por mi mejilla,
Corred copiosas las lágrimas,
Ellas darán testimonio
De la pena que me embarga.

JUAN RODRIGUEZ PONCE DE LEON.

Enero de 1885.

A LA MEMORIA

DE MI INOLVIDABLE Y QUERIDÍSIMO AMIGO

D. JOSÉ M.^A ESCUDERO Y FRANCO,

MÉDICO INSIGNE Y DISTINGUIDO LITERATO.

¿Cómo he de poder cantar
si no hago más que gemir
tu cariño al recordar,
y es el continuo llorar
lo que me impulsa á sufrir?

Tu postrera voz doliente,
por hallarme de tí ausente,
no ha llegado hasta mi oído;
pero lloro eternamente
por tu recuerdo querido.

Tu preclara inteligencia,
que albergaba de la ciencia
los misteriosos arcanos,
humilló su omnipotencia,
sus esfuerzos sobrehumanos.

Tras esa losa que encierra
tu cuerpo frío é inerte,
algo existe que no aterra;
tu talento, que en la tierra
jamás lo extingue la muerte.

Él en los espacios flota
para allegar bendiciones;
por él nuestro canto brota;
él las lágrimas agota
é inspira mis oraciones.

Aguila caudal que al cielo
remonta su ráudo vuelo
fué tu inteligencia osada,
y aunque hoy, triste, á ras del suelo
por tu muerte se anonada:

¿Qué importa? Por tu valor
como faro lucirá,
dando al mundo á conocer
que tupreciado saber
sobre el polvo vivirá.

Yo hoy no canto, siento y miro
la luz que opaca se esconde;
pero llega á mi retiro
un tristísimo suspiro
que á mis lágrimas responde.

La queja de un inocente
que, en su plegaria ferviente,

en vano invoca á su padre,
y el eco triste y doliente
en los lábios de una madre.

Pero Dios, que al bueno ampara,
no la olvidará en su cuita;
y si el mundo la dejara
aun puede volver la cara
á nuestra amistad bendita.

ARTURO CAYUELA PELLIZZARI.

Á LA MEMORIA
DE
D. JOSÉ M.^A ESCUDERO Y FRANCO

SONETO.

Surcando de la vida el mar bravío,
cuyos escollos la soberbia abaten,
es el hombre bajel al que combaten
las olas de su interno desvarío;

De la impiedad al invencible frío
se entibian las creencias que en él laten,
y es fuerza que en su pecho se desaten
las luchas de la fé y el albedrío.

¡Dichosa el alma que en tan cruda guerra
por la senda del bien ha caminado
huyendo el mal que nuestro mundo encierra,

Y que, libre del cuerpo, se ha elevado,
dejando tras de sí, sobre la tierra,
el supremo blason de un nombre honrado!

ENRIQUE ALVAREZ BERNAL.

Madrid 1885.

EN LA SENTIDA MUERTE

DE MI QUERIDO AMIGO Y COMPAÑERO

D. JOSÉ MARÍA ESCUDERO Y FRANCO.

¡Apenas en el libro de la vida
tu inolvidable nombre se inscribió,
la segur de la Parca aborrecida
de ti nos separó!

Un destello fugaz fué tu existencia;
afanoso, la vida consagraste
al cultivo del arte y de la ciencia,
y en tus obras dejaste

sello indeleble de tu gran talento,
pruebas miles de vasta erudicion,
dotes que uniste al noble sentimiento
de un bello corazón.

Testigo de tu fin, jamás olvido
que del doliente en el amargo lecho
te vi espirante, y escuché el gemido
que exhalaba tu pecho.

Yo te vi cadavérico; postrado
por el proceso de terrible mal,

y contemplé tu rostro ya surcado
por la huella fatal.

Tu diestra mano que la mía estrechaba
sentí tornarse por instantes fría,
y en vano con anhelo te nombraba
en tu triste agonía.

La familia y hogar abandonaste
por ir más pronto á la mansion del cielo:
amante esposa en soledad dejaste,
que sin hallar consuelo,

ayes exhala de dolor profundo
al pensar que una tumba es tu morada,
y no encuentra reposo en este mundo
su alma acongojada.

Tierno niño descansa su cabeza
en el regazo de su triste madre:
fruto inocente, que á vivir empieza
y se vé ya sin padre.

Mitigar mi quebranto no consigo;
nada basta en mi pena á consolarme,
que á la idea de perderte, caró amigo,
no puedo resignarme.

Si mi intenso dolor se convirtiera
en atractiva fuerza poderosa,
otra vez á mi lado te trajera
desde tu oscura fosa.

Yo mil veces tu vida disputara
al poder invencible de la muerte,
si la muerte mil veces intentára
á su seno volverte.

Cuando á lo léjos, en desierta arena

miro la losa de tu tumba helada,
su presencia mi cerebro enagena,
el alma destrozada

que en la desgracia y en la angustia gime,
en pedazos salir quiere de mí,
y dejar la materia que la oprime,
para volar á ti.

Cruzaste cual errante peregrino
el mundo en pós de tan adversa suerte,
que apenas comenzaste tu camino,
te sorprendió la muerte.

Ella sin respetar estrechos lazos,
á su codicia te sacrificó;
ella pudo arrancarte de mis brazos;
más de mi mente, nó.

De tu existencia, polvo quedará
debajo de la losa mortuoria;
pero tu nombre vive, y vivirá
grabado en mi memoria.

LUIS BURIN.

1885.

A LA MEMORIA

DE

D. José María Escudero y Franco.

¿Por qué mi corazón sufre tormento
porqué me asaltan lúgubres ideas?

Alma que siento en mí, ¿por qué deseas
otra vida gozar sin sufrimiento?

Ofúscanse mis ojos con el llanto...
¿qué nueva herida la desgracia ha abierto?
Ayer tuve un amigo, hoy ¡ha muerto!
y este cambio contemplo con espanto...

Ayer era... su espíritu animaba
al cuerpo que feliz lo contenía;
ayer... risueño sin temor vivía
y á todos su cariño prodigaba.

Ayer cual siempre sin igual dulzura
y modestia y virtudes demostrando
iba á los desgraciados consolando,
con amistad sincera, franca y pura.

Y hoy... hoy ignoro qué se ha hecho:
para explicarme su partida triste
solo encuentro una frase: ¡ya no existel
el lazo de su vida se ha deshecho.

Los vínculos tan frágiles que unieron
á la pobre materia su alma bella,
alma que tal vez mora en una estrella,
de un modo inesperado se rompieron.

Breve fué su carrera en este suelo,
dolorosa y veloz su despedida,
corto el suspiro que llamamos vida,
su destino cumplido, ¡vuelve al cielo!

Y si ese es su destino, si es dichoso
¿por qué el llanto se vierte á su recuerdo?
¿por qué la paz y la alegría pierdo
si Dios le llama y gozará reposo?

Es que el vacío que dejó en la tierra
no se colma jamás; los que vivimos
y le echamos de menos ¡ah! sufrimos
el gran pesar que la existencia encierra.

Solo la Religion, la fé constante
que nos dice su fin y su destino,
y que todos seguimos un camino
puede satisfacer al alma amante.

Ese bálsamo solo tal herida
puede curar ó al ménos consolarnos.
Solo el hablar con Dios puede ayudarnos
á soportar el peso de la vida.

JOSÉ RODRIGUEZ GONZALEZ.

EN LA SENTIDA Y TEMPRANA MUERTE

DE MI QUERIDÍSIMO AMIGO

EL ILUSTRADO MÉDICO Y DISTINGUIDO LITERATO

DON JOSÉ M.^a ESCUDERO Y FRANCO.

¡Por fin murió! ¡Y es verdad!
¡No laté su corazón!
¡Ya no pronuncia su lábio
aquel ¡¡¡ay!!! desgarrador!

¡Su semblante está muy livido!
¡En su cuerpo no hay calor!
¡Se heló la sangre en los vasos!
¡Sus párpados ya cerró!

¡Rígidos están los músculos!
 ¡Cesó al fin su contraccion!
 ¡Ya su cerebro sin vida
 inanimado quedó!

.

¡Solo de aquel gran talento
 que causaba admiracion,
 restan á su esposa é hijo,
 la memoria de su amor.

Los meditados consejos
 que en un cuaderno escribió
 para evitarles del mundo
 los escollos y el dolor.

Y un recuerdo cariñoso
 que á su esposa dedicó,
 una verdadera amiga
 que á lapiz le retrató!

¡Descansa, preclaro génio
 tranquilo en otra mansion,
 donde á los sábios y justos
 premia nuestro Redentor!

¡Y en esta tu fiel amigo
 que en vida te acompañó,
 con lágrimas en los ojos
 te dá su postrer adiós!

P. CARDIN.

SOBRE LA TUMBA

DE MI INOLVIDABLE AMIGO JOSÉ M.^a ESCUDERO Y FRANCO.

SONETO.

Ante la fosa que tu cuerpo encierra
 triste recuerdo acude á mi memoria:
 tú en la tierra alcanzaste justa gloria
 y hoy tu cuerpo mortal pudre la tierra.

Tu rostro inmoble y pálido me aterra
 y me espanta la pompa mortuoria
 que parece decirme:—«¡Qué ilusoria
 es la ambicion del que en vivir se aferra!»

Todo ¡Dios mio! todo lo que ha sido
 se deshace al romperse el leve nudo;
 y al ser á un sepulcro conducido
 el cuerpo que pensó, que quiso á pudo,
 en materia se queda convertido
 sin luz sus ojos y su lábio mudo.

S. OLMEDO Y ESTRADA.

Madrid 1885.

VIVE SIEMPRE.

No muere, quien al abandonar el alma la frágil mate-
 ria para elevarse á la morada de los justos, deja, cual tú,
 de su paso por éste valle de amarguras, imperecederas
 huellas de ciencia, de claro ingenio y sublimes ejemplos
 de virtud dignos de ser imitados.

BERMEJO CABALLERO.

ULTIMAS PALABRAS

dirijidas á mi inolvidable amigo Dr. D. José María Escudero y Franco, en el acto de su sepelio en el Cementerio Católico de esta ciudad

Señores: permitidme que le dé el último adios á mi sincero amigo, á mi sábio compañero é inolvidable doctor Escudero.

La aterradora muerte te arrebató de la sociedad en el apogeo de tu carrera, cuando mil lauros te ornaban y cuando más dispuesto estabas á seguir conquistándolos.

Nuestra eterna amistad, que por mi parte jamás se extinguirá á pesar de la inmensidad que nos separa, empezó en las márgenes del Ebro y hoy en la márgen de tu sepulcro se eclipsa; circunstancias eran aquellas borrascosas para la Pátria y esta borrascosísima para mi corazón.

¡Dios en sus sublimes é impenetrables designios así lo ha querido: acatemos sus mandatos!

¡La Divinidad al llamarte á su seno, tendrá en cuenta deja un ángel con tu nombre en esta mansion terrestre, y lo inspirará para que te bendiga!

Tu virtuosa esposa contribuirá incansablemente á este fin siempre con su corazón henchido de fé; todos tus fieles amigos que te acompañan en este momento y especialmente los por tí designados para la custodia de tu serafin, te prometen solemnemente así lo cumplirán; sírvate esto de ligero lenitivo, como igualmente el que todos tus afectos piden fervorosamente á la Providencia tu tranquilidad eterna.—He dicho.

PABLO AVRIAL.